

Urresti, Marcelo. “Cambio de escenarios sociales, experiencia juvenil urbana y escuela: Adolescencia y juventud: dos categorías construidas socialmente.” En: Tenti Fanfani, Emilio, comp. Una escuela para los adolescentes: reflexiones y valoraciones. Buenos Aires: Unicef/Losada, 2000.

Ficha bibliográfica

Cambio de escenarios sociales,
experiencia juvenil urbana y escuela
(Urresti, M.)

Frente al problema del fracaso escolar se propone como principio de solución desarrollar una nueva institución dentro del sistema escolar, un agente encargado de atenuar su recurrencia: el profesor tutor. Su objetivo es lograr la disminución del fracaso y la deserción escolar: deberá tratar de recuperar a los que se alejaron, retener en el sistema a aquellos que podrían abandonarlo y ayudar a que, los que se queden mejoren su rendimiento. El profesor tutor tendrá que estimular la integración de los alumnos y comprender a los adolescentes como sujetos globales de una experiencia social e histórica, trascendiendo la exclusiva órbita escolar.

Su función principal como consejero, apoyo, generador de propuestas y de contención, implica posicionarlo como un brazo articulador capaz de absorber conflictos disgregadores y transformarlos en motores de integración.

Casi al modo de un antropólogo dirigiéndose hacia una cultura ajena, el profesor tutor tratará de descifrar los significados de la cultura de los adolescentes para aproximar los puntos de vista de los actores involucrados en cada espacio de conflicto.

Asimismo, deberá desarrollar una visión social del entorno que envuelve a la institución escolar, acercándola a otras esferas de contención social definidas por el Estado, comprendiendo además, en forma amplia, la problemática ambiente en la que ésta se encuentra comprometida. De este modo, el profesor tutor será el encargado de extender la escuela hacia la comunidad en la persona de los alumnos, en el conocimiento y el ascendiente que tenga sobre ellos, haciendo de la cuestión escolar algo que excede lo didáctico, introduciéndose en la estructura motivacional de los alumnos, eso que de manera creciente los vuelve cada vez menos sujetos de la institución y tantas dificultades plantea para su continuidad en el sistema.

Parte I
Adolescencia y juventud:
dos categorías construidas socialmente

Adolescencia y juventud son dos términos a través de los cuales las sociedades modernas han intentando ordenar segmentos poblacionales partiendo de la edad. En todo orden social la edad funciona como un criterio clasificatorio y al igual que el sexo, son los primeros determinantes de diferencias básicas que serán luego procesadas por la cultura. De uno y de otro lado quedarán las categorías por ellos definidas, los géneros y los grupos de edad.

Si bien términos como adolescencia y juventud definen grupos de edad, no se los puede demarcar con la exactitud que suponen los criterios de edad puesto que sus

límites son variables, como todo límite de edad, y sus fronteras son sociales antes que meramente etéreas, es decir que están socialmente construidos y por lo tanto, varían histórica, geográfica y culturalmente.

En sociedades modernas las curvas demográficas tienden a extenderse cada vez más, las estructuras socioeconómicas se complejizan, surgen nuevos saberes y prácticas institucionales, se combinan y pluralizan los sistemas educativos, se diversifican las producciones culturales y sus consumos, situación en la que el juego de las diferenciaciones sociales se multiplica.

En este contexto, la pregunta por la adolescencia y la juventud toma otras características, se coloca bajo una nueva luz. Tanto una como la otra son categorías construidas social e históricamente y articulan un material escaso, la temporalidad hecha cuerpo, la vida de un cuerpo, su duración cronológica traducida en los términos de un sistema de oposiciones significantes, es decir, de una cultura. Las diferencias entre adolescencia y juventud, responderán al tipo de cultura al que nos referimos, a sus rituales oficiales u oficiosos de pasaje, a las marcas de sus tránsitos y a los sistemas de categorizaciones de edades vigentes en la sociedad de la que se trata. Atenta a estas características, la teoría social dedicada al tema ha comenzado a considerar una perspectiva relativamente aceptada. Adolescentes y jóvenes serán: todos aquellos que una determinada sociedad considere como tales.

De este modo, para sociedades modernas como las que habitamos, se considerarán los elementos que constituyen al adulto y se verán las vías de acceso que llevan, socialización mediante, a los sujetos desde su madurez corporal hasta la plena madurez social. Es decir que para aclarar de qué se habla cuando se habla de jóvenes, en la medida en que se trata de una transición, primero hay que detenerse en las características que definen a un adulto normal, el final de la transición, para ver luego qué es lo que conduce hasta él.

Un adulto se define como alguien que ha establecido su vida al margen de su familia de origen, que se autosustenta, que ha constituido su propia familia, que tiene hijos, que ha definido exitosamente –después de prepararse para ello– un destino laboral. La juventud sería ese período de mora en el cual cierto segmento de la población llegado a la madurez sexual, a su plena capacidad biológica para reproducirse, no termina de consumarse como un adulto y se encuentra a la espera de adquirir los atributos que lo identifiquen como tal. En esa moratoria, ese período de espera, estarían los jóvenes.

Distintas clases sociales tendrán distintos tipo de maduración social, más o menos acelerada según las presiones materiales a que estén expuestas, y por ende, de extensión de ese período intermedio entre la niñez y la adultez al se llama juventud.

No todos los individuos que tienen la edad de ser jóvenes se encuentran, socialmente hablando, en la misma situación. No todos entran en la formación de las familias, en la misma edad, ni tienen la misma presión económica por definirse laboralmente. Es decir, no todas las clases gozan de esta ventaja que produce la vida social actual, hecho que en su desigual distribución hace que haya clases con jóvenes y clases que no los tienen, o cuya duración, mínima, casi los torna invisibles. Maternidad y paternidad adolescentes, cortes en la permanencia en el sistema educativo, necesidad de trabajar, producirían entre los sectores populares una reducción de la moratoria social. Los planteos centrados en la moratoria, eficaz herramienta conceptual para comprender de manera más crítica la construcción social de la juventud, se encuentran con un problema: casi no hay juventud en los sectores populares. De modo tal que superado el problema del corte de edad como criterio, partiendo hacia indicadores constructivos en el orden social, surgen nuevos obstáculos: en la definición social que hace aparecer como jóvenes sólo a los miembros de una clase, excluyendo

implícitamente a los miembros de otras clases, que no acceden objetivamente a la moratoria social.

Con la adolescencia sucede algo parecido. Se trata de una etapa transicional de la vida de las personas en la que se atraviesa una crisis profunda, un interregno que se origina con la madurez sexual y que se va definiendo con el proceso de las moratorias hasta desembocar en el reconocimiento social que supone ser adulto.

Tal como fuera tematizado por Erikson, el período adolescente escenifica una crisis: por un lado un abandono, una pérdida, la del cuerpo y el lugar del niño, y por otro, una búsqueda, la de la identidad en el mundo adulto. Al igual que en el caso de la juventud, no todas las culturas ni las épocas históricas reconocen este problema de la transición y de la búsqueda: hay sociedades que con ritos de pasaje precisos definen la transformación del niño en adulto, y por lo tanto, al no percibir el momento crítico no tienen adolescencia.

En la experiencia habitual del niño, la familia aparece como el grupo de pertenencia natural, espontáneo e incuestionado durante la infancia, que constituye al niño como sujeto, a su lugar en el entorno próximo y en el mundo que lo rodea. La familia funciona como la primera matriz de sentido en la que se elabora una representación del sí mismo y del mundo social. La adolescencia comienza en lo corporal con la madurez sexual y en lo psicosocial con el cuestionamiento de esta herencia recibida, y a través de las búsquedas posteriores afirma la necesidad de constituirse frente al mundo de los padres, en oposición y conflicto frente al mismo. La familia otorga una historia en la que se es individualizado, y la adolescencia supone el primer paso en la construcción autónoma de esa nueva historia que constituirá la nueva identidad.

Es por ello que aparece como un período crítico en el que, elaboradas y superadas las situaciones de desacople, sobreviene la madurez psicológica propia de la constitución del adulto promedio sano: con un nuevo sistema de identificaciones que lo define y una forma de sexualidad asumida. En esto podrán variar los ritmos según las clases sociales o las familias, pero no el proceso.

El famoso conflicto generacional puede ser entendido a esta luz como la discusión de la herencia familiar y a la progresiva decisión del sujeto en la elección de lo que serán sus grupos de pertenencia. La adolescencia coincide con la salida desde la familia hacia los grupos de pares, hacia la relación autónoma con otras instituciones o con la comunidad en general, que comenzarán a ser, de modo creciente, elecciones autónomas de los sujetos, situación que supone un enfrentamiento con las elecciones predeterminadas por la familia, que al final del camino podrán ser recuperadas, aceptadas, transformadas o negadas, desenlaces que no anulan el desajuste inicial por el que, casi inevitablemente, pasan.

El adolescente actual no tendría a que oponerse en la medida en que no había ideologías fuertes con las que elaborar el contraste, hecho que expresaría una identidad formada en el collage, la composición sin plan, no habría brecha, sino simplemente, huida sin choques, indiferencia. Esto generaría una confusión entre los mundos juvenil y adulto. Éste, tradicionalmente enérgico y claro en sus objetivos y modos de socialización, estaría en la actualidad poblado por las dudas, las brumas y las indefiniciones propias del mundo adolescente, convertido en modelo para el mundo adulto. Al vacilar la socialización dura, tradicional, el conflicto movilizador desaparece, y la etapa adolescente se va convirtiendo en un estado. Otros estímulos sociales del presente estarían afirmando esta tendencia: la extensión de la estética adolescente como modelo de conductas a ser imitado.

La adolescencia sería una forma de la estética muy atractiva que hasta los más viejos estarían imitando: la presión por lograr el cuerpo ideal, de evitar el paso de los

años, serían tendencias evidentes de la desvalorización por la que pasa hoy en día el ser adulto. Por otra parte, el conflicto generacional que antes se daba por el deseo que los adolescentes expresaban de ser adultos, hecho que los impulsaba a diferenciarse de los modos de ser adulto ya existente, se invierte de los adultos hacia los adolescentes. El modelo de socialización parecería estar en las antípodas.

En principio, la adolescencia no es sólo una estética, supone crisis, desorientación, pérdida de rumbos y una dolorosa vivencia al tratar de encontrarlos. Si se la reduce sólo a imagen se corre el riesgo de confundir un modelo de adolescencia, el de una clase, con toda la adolescencia, o su opuesto complementario, negárselo a amplios sectores que pasan fugazmente por ella o no la adquieren, como es el caso de los sectores populares. Ese modelo de estética es un importante dato del ambiente pero no agota el problema.

Tanto la adolescencia como la juventud son períodos en los cursos de vida y grupos de edad en la medida en que distintos estadios históricos de la sociedad los constituyen como tales. También es cierto que detrás de la definición social de esas agrupaciones existe una lucha clasificatoria en la que distintos sectores tratan de darle su contenido, definiéndoles un perfil. Hay modelos dominantes de ser joven o de ser adolescente, que tienen por detrás la articulación de estrategias sociales de dominación, que luchan por establecer esos modelos que, en última instancia, funcionan como herramientas de dominación. Detrás de estas clasificaciones la sociedad disputa el acceso a recursos, a su distribución, a la lucha por su control y monopolización.

En esas disputas se expresan distintas visiones, distintas experiencias, y eso es lo que constituye el motor de las luchas sociales por la clasificación. Tal vez el más importante de estos conflictos sea el generacional. Si hay algo que define el ser joven no es tanto una estética o una moratoria social. Es el lugar temporal que marca la experiencia, que sitúa al sujeto en el mundo de la vida y que le indica las probabilidades de afrontar efectivamente la muerte.

La juventud más que una estética o una moratoria social, ambas pertenecientes a sectores sociales que se la apropian con relativa exclusividad, es un posicionamiento objetivo en el conjunto de las distintas generaciones que luego toma características de clase específicas, pero que comparte la definición de situarse en uno y sólo en un momento de la historia, por lo que es una experiencia singular e intransferible de cada uno, común con aquellos hermanos de generación. Por eso, por más que una estética promocionada por el mercado pueda ofrecer sus signos exteriores como mercancías, y alguien las puede adquirir, jamás tendrá su núcleo, ese capital temporal de que se dispone, que se pierde irremediamente y no se puede recuperar, por más sano y saludable que esté el cuerpo, por más que se demore la llegada de los hijos. De igual manera y a la inversa: por más que los sectores populares, en virtud de sus modelos estéticos, de sus dietas y rutinas laborales, no tengan el cuerpo adolescente del modelo impuesto, por más que tengan hijos en edades muy tempranas, por más que se vean obligados por presiones materiales a tener que trabajar y cortar sus carreras escolares, o dicho en otros términos, por más que su moratoria social sea mínima o inexistente y su apariencia no los identifique con los grupos adolescentes por su estética, si su edad así lo determina, si su capital temporal excedente es grande, entonces serán jóvenes, aunque socialmente, según los modelos sociales impuestos, no lo parezcan.

La juventud es una condición de facticidad, un modo de encontrarse arrojado en el mundo, que articula la moratoria vital, la historicidad de la generación en la que se socializa y la experiencia de las duraciones y de la temporalidad. Ser joven, entonces, es una forma de la experiencia histórica atravesada por la clase y el género, pero que no depende exclusivamente de ellos, sino que adquiere modalidades diferenciales. La juventud es una condición que se articula social y culturalmente en

función de la edad, con la generación a la que se pertenece, con la clase social de origen y con el género.

Parte II

Las nuevas generaciones en el contexto de la actualidad

Jóvenes de ayer y jóvenes de hoy: comparación entre generaciones

Se pueden establecer dos ondas largas en la Argentina con respecto al significado histórico que tiene el ser joven. Obviamente, se trata de una tendencia mundial que con diferentes matices y con acontecimientos específicos por zona se da en todas las geografías. Se trata de cambios de nivel global, también de época, que se escenifican de maneras específicas en distintas regiones. Tal es el caso de la Argentina, que tiene influencia externas muy marcadas, pero que también responde a las modulaciones internas que dicho proceso adquiere en nuestro país. La primera de esas ondas largas va de los años sesenta a mediados de los setenta y la segunda es la que comienza después de la vuelta de la democracia y sigue hasta nuestros días. Se trataría de dos cuadros de época en los cuales los jóvenes de cada período ocupan un lugar peculiar.

Ser joven en los años sesenta-setenta: el impulso a la participación

La generación que se abrió a la vida social durante el filo de los años sesenta-setenta fue parte de un momento social que impulsó masivamente a la población hacia la participación en todas las esferas y movilizó políticamente sectores cada vez más amplios, previamente retraídos o indiferentes en relación con las cuestiones políticas. Los jóvenes de aquellos años conformaron su experiencia en un contexto social, tecnológico, económico y cultural totalmente diferente del actual.

Aquellas sociedades funcionaban sobre la base de un modelo económico que tenía premisas organizativas integradoras. Las prácticas productivas estaban organizadas en un modelo de ingeniería conocido como fordista taylorista. Esta logística de la producción económica apuntaba a un objetivo central, la obtención de ganancias a través de una creciente inversión en productividad.

Los volúmenes de productos cada vez mayores a costos más bajos, invitaban a un ensanchamiento del consumo como momento necesario para realizar efectivamente las ganancias, a través de la recuperación de lo invertido en la conclusión de cada ciclo económico.

Después de la crisis del treinta y de la segunda posguerra le había sido encomendado al Estado un papel preponderante en las economías vigentes: su función consistía en resolver por anticipado las crisis cíclicas de superproducción en las que incurría el sistema de libre mercado dejado a su exclusiva autorregulación. El Estado debía anticiparse a las crisis agregando la demanda. Agregar la demanda era básicamente producir consumo, y esto se hacía redistribuyendo ingresos desde los sectores del capital hacia los del trabajo. El Estado tomaba impuestos de los primeros y los distribuía a través de gastos económicos y sociales. Se endeudaba, pero creaba empleos, producía servicios y una amplia cobertura social.

Esto tenía consecuencias sociales de gran importancia. En términos técnicos y por la propia dinámica de la producción capitalista, con el paso del tiempo hacen falta cuotas de mano de obra empleada con calificaciones cada vez más elevadas; por otro lado, el Estado genera empleos como base del crecimiento económico, redistribuye el

ingreso como estrategia anticíclica y al intervenir en servicios y cobertura eleva los estándares de vida medios de la población. El consumo se ensanchaba por el efecto de la producción de tipo fordista en bienes de consumo masivo, los más aptos para ese tipo de producción, lo cual redundaba en una mejora y modernización constante de los estilos de la vida de la población en general. Esto no evitaba de ningún modo las desigualdades sociales y económicas pero tendía a equilibrarlas, distribuir las y reordenarlas. Los modelos del consumo al igual que los de la producción tendían a homogeneizarse por la monotonía misma de las técnicas empleadas, hecho que nos habla de una sociedad integrada.

Una clase media numerosa y en crecimiento exigía mayor participación en los ingresos, igual que las clases populares que si bien se veían en ocasiones amenazadas por las crisis y cortos períodos de desempleo, no carecían de oportunidades, pasando por la marginalidad momentáneamente, superándola después. Esto implicaba una mejora en las capacidades adquiridas por la propia dinámica del mercado laboral, mayores niveles de instrucción exigidos, lo cual impactaba en una escolarización que se ampliaba y que mejoraba su calidad.

Una matrícula que se ampliaba en todos los niveles, una universidad que crecía, un presupuesto educativo en aumento, era el marco de un sistema educativo que se modernizaba, en el que estaban cifradas las expectativas de desarrollo económico y social por parte de los planes políticos y las esperanzas de distintos sectores sociales en la mejora de su calidad de vida.

Las industrias culturales también tenían un perfil que directa o indirectamente apoyaba esta dinámica favorable a las instituciones escolares y al modelo social integrador. La televisión tenía una importancia menor en la vida de las personas; sólo había cuatro canales, el tiempo de emisión se extendía por doce horas como máximo, la programación era mayoritariamente producida en el país.

Esta televisión cimentaba cierta idea del nosotros nación por detrás de su funcionamiento. Esta televisión entonces cumplía una función congregante y uniformizadora.

No tenía el prestigio ni la importancia del cine. Tampoco del espacio imaginario que tenía la radio, vehículo informativo y de entretenimiento primordial, identificador de la gran mayoría de la población, conectada también a una suerte de comunidad imaginaria que tendía a la homogeneidad. La industria del libro conoció su mayor auge en términos comparativos y definió uno de sus momentos de máximo esplendor en el mundo de la lengua castellana.

Esto habla de una sociedad más ocupada en la lectura que en la imagen, con la radio como vínculo con el exterior inmediato, con todo su juego de evocación imaginaria, y todo en un modelo general, que incluye también al cine y a la naciente televisión, de funcionamiento masivamente, integrador y homogeneizante de sus respectivos públicos.

En los años sesenta comienza a extenderse un clima de renovación en las costumbres, provocando por una larga onda con una influencia que superaría las fronteras nacionales de todo el mundo, que alteró formas tradicionales de concebir el cuerpo, de relacionarse con las instituciones, de comprender la familia, de concebir la autoridad.

La juventud argentina y mundial que vivió su adolescencia entre los años sesenta y setenta se encontró con un mundo en el que se estaban levantando, muchas barreras de las que tal vez la principal fue la del sexo. En las sociedades previas imperaba una moral restrictiva sobre el sexo y sobre el cuerpo en general. Fuera de su función reproductiva, o de las instituciones que lo enmarcaban, como el matrimonio, se convertía en una práctica ilegítima, que había que ocultar. En este contexto, se abre

una experiencia casi única en términos históricos, la reivindicación de la corporalidad, del derecho al goce del cuerpo, de la desculpabilización de la sexualidad. Las actitudes de padres y autoridades, las resistencias por parte de la sociedad de los adultos, se definieron rápidamente como un punto de contraste generacional en el cual lo joven implicaba al mismo tiempo un universo de reivindicaciones en el que se discutían las herencias culturales, se registraban avances por parte de las mujeres en sus búsquedas de autonomía, se extendía una práctica sexual crecientemente liberada, vivida como natural y, fundamentalmente, se asistía a la ruptura con los modelos represivos del pasado.

La denuncia del imperialismo y de las desigualdades sociales, la necesidad de formar una conciencia nacional activa, los objetivos de la emancipación nacional y social impulsaban a militantes y sectores comprometidos a pasar de los discursos a las prácticas, cada vez más directas, cada vez más enérgicas. La lucha contra las dictaduras, contra el totalitarismo y las censuras de diverso tipo también hicieron que este momento fuera de efervescencia pura, con los jóvenes como emblema.

La juventud se radicalizaba en el mundo entero, y también en nuestro país. Situación favorecida por horizontes optimistas de ascenso social y mejora en los estándares de vida, inscriptos en distintos ámbitos de la vida moderna, como el trabajo, la escuela y el ejercicio de la ciudadanía, tendencia reforzada por cierta situación que propendía a la redistribución de recursos sociales, contexto que marcaba una sociedad en procura de una democratización creciente.

Ser joven en los ochenta-noventa: el enfriamiento

Los cambios que han conmovido a las sociedades en todas sus esferas afectan las formas de la participación y definen una manera de ser joven, una experiencia histórica en donde lo juvenil se ve rodeado con significados completamente diferentes. Las transformaciones de orden tecnológico han incidido en la esfera de la producción económica, alterando la división técnica y social del trabajo, rearticulando las ingenierías industriales y diversificando las ofertas de productos para el consumo.

Si antes el esquema productivo iba de la producción al consumo, estimaba sus costos, preveía el comportamiento de la demanda, diseñaba una estrategia global y luego se comprometía en bloque a cumplir con los objetivos, para lo cual necesitaba sincronización, aporte calculado y colaboración de cada segmento de producción, hoy las cosas se han invertido. Con las nuevas tecnologías más flexibles y las nuevas formas de organización del trabajo, se va del mercado a la producción, es decir que no se produce más que lo que pide la demanda. Este concepto altera la forma de calcular costos, de almacenar materias primas, de contratar mano de obra: todos estos factores se verán sometidos a la lógica de funcionamiento de los mercados.

En términos laborales y en el peso específico de los sectores trabajadores en el proceso productivo, este cambio técnico y organizacional tendrá consecuencias decisivas. Si los trabajadores antes eran estratégicos, y su no colaboración implicaba detenciones en las líneas de montaje y por tanto en grandes pérdidas, hoy la situación cambia: los ritmos más flexibles precisan otro tipo de trabajador más discontinuo, dinámico y polivalente. El proceso productivo más fragmentado y complejo afecta la conformación de la estructura organizacional y de los sistemas de remuneraciones, situación que incide en el cuestionamiento de la tradicional solidaridad de los trabajadores, antes motivada objetivamente por la técnica fordista. Las tareas múltiples, la movilidad de los trabajadores y, fundamentalmente, la pérdida de la importancia del factor trabajo-intensivo, condicionan el lugar de los trabajadores sean o no manuales, cada vez más reemplazados por máquinas, cada vez más segmentados como colectivo.

Si en el esquema poskeynesianos producían empleos para agregar demanda, en los esquemas poskeynesiano tratan de eliminar su participación en la economía reduciéndose al mínimo. Así, los antes positivos déficits fiscales se convierten en verdaderos gastos, en impedimentos, y por lo tanto se trata de reducirlos. Esto incide en el ámbito del empleo y en la cobertura social tradicional de las poblaciones. Los Estados del ajuste, protagonistas de estas décadas poskeynesianas, se desentienden de los gastos sociales para atender otras urgencias, y dejan servicios de salud deteriorados, la escuela pública en crisis, los sistemas de jubilación abandonados. De este modo, los antiguos canales de promoción social se van cerrando, con el costo de frustración y caída de las expectativas que implica.

En este contexto, y frente al debilitamiento estratégico de los sectores del trabajo, el capital se vuelve cada vez más fuerte, con más probabilidades de imponer sus intereses y sus puntos de vista. Esto deprime los salarios en términos generales, fragmenta las escalas, diferencia segmentos, lo cual explica la movilidad social descendente que parece ser la dominante del momento histórico presente, y no sólo en las economías de la periferia.

Cuando el desempleo se convierte en una amenaza tiene efectos disgregadores a nivel social. A nivel subjetivo y personal, una situación de escasez de empleo disciplina al trabajador: lo vuelve temeroso, dócil, conservador, proclive a aceptar las condiciones que se le imponen, sea en tarea o en remuneraciones, ya que si no las cumple sabe que hay muchos codiciando su lugar, dispuestos a todo. El empleo deja de ser un derecho para convertirse en un privilegio y el trabajador empleado será un ser agradecido por la suerte que le ha tocado, situación en la que defiende lo que tiene a costa de la solidaridad. Las reivindicaciones históricas, no es casual, se pierden.

Los cambios técnicos, además de lo organizativo, han alterado completamente el mundo de la producción, en la medida en que han incidido drásticamente en la forma de circulación de factores económicos de importancia, como son los financieros y los conocimientos estratégicos.

El panorama es completamente distinto: se esta frente a un creciente fragmentación estructural en lo económico y en lo social.

En el ámbito de la industria cultural y las comunicaciones sucede algo similar: de manera creciente se superan las fronteras nacionales, antes restringidas por cuestiones técnicas y de costo, generando un sistema que se planetariza en su oferta. Este proceso está muy distante de homogeneizar a consumidores y espectadores: la oferta se planea para llegar con eficacia a un número acotado de espectadores, altamente comprometido pero escaso en cantidad.

La globalización de las industrias culturales tiene una dinámica compleja, tiende al mismo tiempo hacia la fragmentación territorial y a su integración extranacional compleja, por segmentos de consumidores globales. La globalización genera una cultura mundo, que no homogeneiza los territorios culturales en un solo sin fisuras sino que rompe con las unidades preexistentes y de desconexión de lo cercano. En este sentido, globalización cultural es localización cultural. La industria cultural así conformada, y en su formato tradicional como industria, es decir como máquina de acumulación de ganancias, entra de este modo en una lógica que aparentemente es contradictoria, hacia la masificación y la diversificación de los consumos al mismo tiempo. Es preciso comprender este funcionamiento para ponderar su impacto en la conformación de culturas locales cada vez más complejas y segmentadas incluso para sus mismos participantes y sostenedores.

Regiones antes aisladas se conectan con flujos de imágenes, de información y de entretenimiento, que colapsan con los ritmos temporales locales tradicionales. La ruptura de los tiempos históricos implica, entre otras cosas, la rearticulación de la

memoria colectiva y de los relatos personales, es decir de las formas culturales dentro de las que se construye la identidad y se reconoce a los semejantes. Esto contribuye a la obsolescencia y alteración de formas simbólicas de la vida social, a su recambio permanente, con consecuencias rearticulantes en la conformación de los grupos y en los esquemas mediante los cuales los sujetos comprenden el mundo social, lo propio y lo ajeno, lo cercano y lo lejano. Cambio y fragmentación donde hubo estabilidad e integración. En estas coyunturas los sujetos anclados localmente deben rearticularse. Un elemento importante a tener en cuenta es que suelen ser los jóvenes los que se adaptan con más docilidad a estos cambios, lo que produce brechas en relación con sus mayores, para los cuales aparecen como completos extraños. Muchos de los códigos en que los jóvenes se reconocen perteneciendo a una experiencia común están mundializados. Situación que genera nuevos ruidos respecto de sus padres.

Esta situación estructural económica, social y cultural, a su vez, tiene efectos directos sobre el mundo de la política. Los partidos políticos con representación de clases se debilitan a igual ritmo que sus bases de sustentación; los movimientos sindicales pierden sustento por el desempleo, la competencia laboral y la amenaza de exclusión social.

En el mundo de los últimos diez años, después de la maduración de los fríos años ochenta y la consolidación de los recesivos años noventa, soplan aires de desencantamiento político, de ajuste neoliberal y retracción económica, de transnacionalización de las industrias de la cultura y del auge del universo audiovisual. Un mundo en el que las reivindicaciones en bloque se han perdido, en el que los jaqueos al sistema sólo son posibles por excesos dentro del sistema mismo, como sucede con las crisis financieras, donde la participación política y la lucha por la igualdad de oportunidades o de una mayor autonomía, poco a poco se va retirando de los escenarios sociales, dejando espacios vacíos, con una exclusión social aguda y amenazante, con violencia urbana creciente, con jóvenes desorientados que, como muchos mayores, no saben a dónde van.

Parte III

Arritmias, disonancias, desencuentros

Son otros los desafíos y las urgencias que pesan sobre los jóvenes. La exclusión, el desempleo y la mirada desvalorizadora del mundo adulto. Todo esto en un contexto de expansión de una cultura donde lo fast, un conjunto de valores inmediatistas, hedonistas, contrarios al sacrificio y al esfuerzo, obstaculizan la acción de algunas instituciones contenedoras y formativas, como por ejemplo es el caso de la escuela.

Ser jóvenes entre la exclusión social y la cultura de lo fácil

En la actualidad la relación de los jóvenes con el mundo de la economía se ve complicada. La juventud crece en un ambiente contradictorio: por un lado, expuesta a una inducción permanente de aspiraciones al consumo (que asocian el ser al poseer) y, por el otro, abandonada a una situación con altos índices de desempleo, en donde la obtención de los recursos que exige la lógica del mercado para adquirir bienes se encuentra cada vez más lejana.

En un escenario económico en el que las diferencias sociales se agranda, la brecha que separa a los que más y los que menos ganan se hace cada vez más amplia, con índices de desempleo históricamente muy altos, con empleos precarios y discontinuos

con escasa protección social por parte del Estado, la amenaza de exclusión social se encuentra en el horizonte cercano de vastos sectores sociales. Con una inserción laboral precaria –cuando la obtienen– con salarios más bajos que los que ganan los mayores cuando hacen la misma tarea, con tareas de baja calificación o nulo atractivo, con escasas probabilidades de crecimiento, la mayoría de los empleos que obtienen los jóvenes funcionan más como necesidades dolorosas que como medios de realización personal.

Muchas veces, y más entre los sectores populares, estas dificultades ligadas con el mundo del trabajo lleva a opciones en las que se desenvuelven lazos reproductivos ligados con economías marginales e ilegales. Circuitos vinculados con las drogas, la prostitución o el robo, y toda la economía de prácticas que se despliega a su alrededor, tiene su origen en esta doble presión, con la concurrencia de un factor ambiente al que podría llamar “cultura de lo fácil”: cuando caen o se debilitan emblemas socializadores, cargados de fuerza simbólica, detrás de los que se promocionan valores como la contención, la contricción, o el sacrificio, y su contracara, la recompensa final, el reconocimiento posterior al esfuerzo y la carencia, se vuelve cada vez más difícil esperar y exigir conductas que se estructuran siguiendo estos mecanismos imaginarios. Para las generaciones anteriores, el trabajo, la escuela y el ahorro, se asociaban con un mundo de valores en los que estaba inscripta esta maquinaria del sacrificio: los esfuerzos del presente se compensarían en un futuro mejor. Trabajo no sólo significaba tener un empleo, desarrollar una tarea, implicaba además ocupar un lugar en la vida social, tener una identidad que ostentar, era obtener un respeto y reconocimiento, mostrarse común, y a través de ello, exteriorizar una de las formas de la virtud moral más extendida históricamente en nuestra sociedad, la honestidad.

La escuela también funcionó en cierta lógica valorativa moralizante. Al igual que el trabajo, aparecía en el marco de la promesa, tangible, del ascenso social. La escuela implicaba además la posibilidad de acceder a mundos valorados como los del saber, la formación y la cultura. Es decir que como mejora en la posición laboral o como medio de acceso a un mayor prestigio para las familias, la escuela funcionaba en esa lógica en donde los sacrificios presentes implicaban, con alto grado de probabilidad, recompensas futuras.

Hoy en día asistimos a la crisis de estos dos tradicionales ámbitos, el trabajo y la escuela, como canales de inserción social, que ha desplazado el lugar imaginario de la recompensa que durante tanto tiempo ha rodeado a estas instituciones. Los jóvenes, en medio de estos cambios, sin la inercia valorativa que suele pesar sobre las generaciones precedentes, comienzan a valorar positivamente otras instituciones tradicionalmente desvalorizadas, como es el caso visible de los circuitos de la marginalidad y la ilegalidad, a veces forzados, a veces elegido. Las dificultades que se encuentran para insertarse socialmente en los canales aún reconocidos como normales generan la visión que los patologiza. Esta realidad, altamente visible para el sistema mediático, suele colocar a los jóvenes como el costado apocalíptico de la sociedad.

Complementario con el factor ambiente de exclusión, actúa cierta lejanía existente entre la escuela y la cultura juvenil tal como está tomando forma en la actualidad. La pérdida de eficacia de la escuela sobre los alumnos radica, en la crisis de sentido que afecta a la institución en el contexto histórico y social de fin de siglo: se va desmoronando como parte del gran articulador social centrado en el eje trabajo-estudio. Esta articulación simbólica está prácticamente ausente en la cultura de los sectores juveniles y cuando se la encuentra se parece más a un residuo discursivo que a una matriz eficaz de producción de prácticas. Hoy en día, la crisis de los ascensores sociales (trabajo, estudio, inversión a largo plazo, sacrificio) cuestiona la validez de la escuela como instrumento de socialización y de producción de sentido. El papel imaginario de

la escuela vinculado con la apertura hacia nuevos horizontes de mejora social, básicamente laborales se disloca. Al mismo tiempo, con el avance creciente de la influencia de los medios masivos de comunicación sobre la vida cotidiana de la población, esta tendencia a la extensión de la cultura de lo fácil se agudiza.

Con el avance de los medios audiovisuales, sistema que se complejiza y diversifica cada vez más, participando de lo que algunos autores llaman la virtualización de lo real, se abren nuevos canales de circulación de mensajes que tienden a desplazar a los tradicionales, entre éstos la escuela. En este contexto, la autoridad tradicional de padres y maestros se ve crecientemente compartida, asediada y hasta jaqueada, por la omnipresencia del sistema mediático.

Esta cultura en la que el esfuerzo y el trabajo para obtener algo ceden como puntos máximos en las escalas valorativas para ser desplazados por otros valores de tipo cortoplacista, y hasta de inspiración mágica, como el exitismo, el consumismo desenfrenado, el hedonismo y el narcisismo, es el marco en el que hay que ubicar a las culturas compartidas por los jóvenes. Estas culturas dentro de las que se estarían forjando las nuevas subjetividades, protagonistas de este fin de siglo, se alejan del lugar tradicionalmente ocupado por la escuela.

Ante la crisis de sentido que sufren las instituciones tradicionales de la socialización surgen alternativas en las cuales los adolescentes y los jóvenes buscan formas de identificarse, reconocerse entre sí, establecer grupos, forjándose cierta idea de sí mismos, de los otros y del mundo que los rodea. En principio, ese mundo se les aparece como el mundo de los otros, de los adultos, en el cual tratan de reconocerse como legítimos afirmando consumos y preferencias comunes en los cuales se encuentran a sí mismos y entre ellos. La afirmación en ciertos valores de las culturas juveniles implica en parte la búsqueda de una malla protectora, contenedora, frente aun mundo ancho y hostil en el cual, en términos generales, no pueden ver una salida.

De allí que se expresen en conductas que describen un arco que va de la rebeldía más radical a la resignación más apática e indiferente, y hasta incluso suele darse también la convivencia casi acrítica de ambas tendencias en mezclas confusas. Las culturas juveniles son potencialmente transformadoras, en sus contenidos y expresiones, mucho menos en sus prácticas, por la resistencia espontánea que manifiestan frente al mundo adulto, el mundo que heredarán, en el que tan pocas alternativas de futuro suelen percibir.

Algunas respuestas del mundo adulto frente al mundo de los jóvenes

Tradicionalmente el mundo adulto ha generado una visión despectiva y temerosa del universo y la cultura juvenil. El mundo de los jóvenes ha aparecido en general como algo mal visto, carente de valor, superficial, pasajero, producto de un estadio de inmadurez que tarde o temprano habría de superarse.

Los jóvenes en general aparecen ocupando el lugar de lo peligroso y del riesgo, tanto para los otros como para ellos mismos. La visión que la sociedad adulta tiene de los jóvenes es en última instancia la de la amenaza. La causa de esto tal vez radique en que para la lógica de los medios masivos de comunicación sólo puede ser noticia aquello que llama la atención, lo extraordinario, y más aún si tiene ribetes de espectáculo. En términos de imaginario, el mundo de los jóvenes, por los jóvenes y para ellos, cuando se traduce a la experiencia de los adultos aparece como extraño, incomprensible, superficial, violento, amenazador, riesgoso, falto de objetivos, errabundo.

A lo largo de las últimas décadas se han ido dando cambios en la visión de los jóvenes por parte de la sociedad. La figura del joven ha ido cambiando, según los

ánimos dominantes en las distintas coyunturas. No es inusual que el lugar del joven haya sido, en numerosas ocasiones, idealizado, rodeado de valores altamente positivos; se elogió su capacidad de innovar, de resistir a las imposturas, su franqueza frente a las convenciones, su capacidad de sobreponerse a los prejuicios imperantes, su lucha por la libertad. Ahora cabría preguntarse si estas virtudes, más que algo propio del ser joven, no serían una proyección invertida por parte de los adultos visiblemente descontentos con el mundo que les tocaba enfrentar.

Por otro lado, y muy por el contrario, la acción sistemática del mundo adulto frente a las expresiones de los jóvenes, sus valores, mensajes y actitudes, ha tendido en general a reprimirlas, controlarlas, restarles espacios de circulación o, en última instancia, a colocarles signos negativos. A poro de recorres las estrategias del Estado en distintos momentos se podrá notar que siempre está presenta una visión forense de lo juvenil, con la preocupación central por controlar, por evitar desbordes.

La expresión de lo juvenil por parte del mundo adulto, su predicación y atribución de sentido, ha pasado por épocas diferentes, coyunturas que han construido discursos dominantes dentro de los que se fue definiendo y redefiniendo su espacio.

De este modo, y con las urgencias históricas del momento, las décadas del sesenta y setenta se inclinaron mayoritariamente por la identificación de lo joven con las imágenes románticas de la rebeldía, la introspección reflexiva acompañada del compromiso militante, de suerte que con tales atribuciones los jóvenes oscilaron entre ser transformadores, activos, hombres nuevos, a ser impacientes, atolondrados e imberbes. Tal vez como complemento de estas convulsiones de época, y con el surgir de las dictaduras, hayan aparecido como el blanco privilegiado de la represión militar.

En otro contexto histórico, ante la Guerra de Malvinas, esos mismos jóvenes cambiarán de atributos, serán sacrificados como defensores de la Patria, y la imagen se revertirá momentáneamente. Con la vuelta de la democracia, los jóvenes aparecerán como los representantes simbólicos (nunca reales) de la recuperación de los derechos y de las esperanzas puestas en el nuevo orden político, en su apertura y en las posibilidades que durante tanto tiempo los regímenes de facto habían coartado. Así los jóvenes resurgirán como reservorios de vida y de la defensa de los derechos humanos. Con el paso del tiempo, el desencadenamiento de las pasiones políticas vigentes, nuevamente se expondrá a los jóvenes como encarnadura del humor dominante: esta vez en las figuras fantasmales y atemorizadoras de la apatía, el descompromiso, la falta de futuro, el peligro de disgregación social, la violencia y la anomia.

Los jóvenes y las instituciones escolares: encuentros y desencuentros

Hoy en día la escuela no asocia automáticamente con ascenso social; se la ve como una condición básica, necesaria aunque no suficiente, para la reproducción del lugar social ocupado por la familia de origen. Ya no se la ve como una ascensor social, sino como un estabilizador, y esto se debe a que la probabilidad de movilidad social existente ya no es de ascenso, como hace treinta años, sino de descenso. En este sentido, a la causa del cambio de valoración imaginaria que recibiría la escuela hay que asociarla con el cambio de la situación por la que atraviesa la idea de la movilidad social presente en los imaginarios mayoritarios de la población. Es en relación con esto, con el cuánto se está dispuesto a descender en términos de imaginario, que se articulan las posturas de los distintos tipos de jóvenes en torno a las instituciones escolares. El pedido que se la hace a la escuela ya no ronda en torno a qué es lo que garantizaría su eventual continuidad, que es cada vez menos clara, sino qué implicaría su falta, a qué habría que atenerse de no seguir en ella. El contexto histórico de la valoración de la institución, que es aquella acción por la que se le otorga sentido, se ha invertido. No es

casual que la escuela esté sufriendo el parcial abandono de los sectores populares y de los sectores medios, ya que fue para ellos para quienes representó una vía de mejora social, hoy obstruida. La relación con la escuela dependerá del marco social en que se inserte la familia de origen. Para valorar el sentido que se otorga a la escuela, no es igual pertenecer a las clases populares que a las clases medias, y mucho menos a las altas, lo que se relaciona también con cierto horizonte adquirido por el recurso del nivel de instrucción formal alcanzado por cada familia: mientras más elevado, con mayores probabilidades de colocarse en un lugar más alto en la escala social. Esto se debe a que la escuela ha funcionado efectivamente como un ascensor social y las clasificaciones emergentes posteriores a su influencia se han modificado. Es decir que en las clases medias hay una valoración de la escuela que proviene de la situación histórica de esos mismos sectores mejorada por su intervención. Por ello, es fácil comprobar la alta presión escolarizante que ejerce la clase media sobre sus hijos, probablemente la más alta del espacio social, contracara opuesta por el vértice con los dramáticos conflictos que suelen sufrir cuando las generaciones menores no se adaptan a esos mandatos. Estas complejas situaciones difícilmente se dan entre los sectores populares, provenientes de una historia en la cual la escuela nunca ocupó un lugar tan destacado como por ejemplo el lugar del trabajo, hecho decisivo, que llegado el caso inclina el fiel de la balanza hacia su lado. De igual modo, entre los sectores altos, el valor de la educación básica o secundaria tampoco llega a la estima que demuestra en la clase media: en estos sectores la situación es menos conflictiva, ya que la presión es más baja, en la medida en que está más claro el destino final de los estudios, hecho que elimina incertidumbre.

Hoy en día, en términos generales, la visión de las clases medias en relación con la escuela es compleja: aparece como una suerte de medio que hay que soportar para poder acceder a la universidad o a otras instancias superiores que sí serían los lugares en los que se resolvería lo que antes se hacía con la secundaria y mucho antes con el primario. En este sentido, el valor del secundario está en una suerte de doble vínculo, por un lado no sirve para nada, pero por el otro sirve para todo. Se plantea cierta visión esquizofrénica en torno de la misma: en sí misma no tiene valor pues no da garantías de trabajo mejor y ascenso social, pero tiene el valor de ser un medio necesario para acceder a algo superior, lo que significa que está y no está valorada. Vale como fase de un proceso, pero no se la valora como tal.

El espectro de las clases medias oscila en su valoración de la escuela, en un extremo, entendiéndola como un medio necesario que hay que mantener como fuere y, en este caso, las familias asumirán el costo de la obligación y la fuerza, lo que traerá conflictos terribles con los hijos que no acepten sus mandatos, y en el otro, con una visión secularizada que no espera tanto de la escuela y que llegado el caso aceptará el abandono como una circunstancia más, no como un drama, y tratará de hacer que sus hijos trabajen como modo de evitar que pierdan su tiempo. Por la presión que ejerce el desempleo juvenil y por la creciente cultura de lo fácil, este segmento de jóvenes se volverá susceptible a las ofertas de estudios informales, de secundarios acelerados, de ciertas escuelas de oficios (reconocidas o no), de instituciones que pueblan los márgenes del sistema, o de establecimientos que venden soluciones mágicas para resolver en poco tiempo lo que normalmente se hace en mucho.

En los sectores populares no trabajar es un disvalor, no poseer la propia plata es no ser adulto, autónomo y responsable, situación que se puede traducir como no ser lo suficientemente hombre. Se sabe que uno de los máximos valores en el mundo de los sectores populares es el de independencia económica, que en el caso de los varones se hace mucho más explícita como requerimiento, ya que va a ser independiente es una manera de afirmarse como hombre. Unida a esta idea de ser hombre, está la de ser

proveedor, ser generoso y cobijar: si se tiene dinero se puede sostener a otros. Un hombre, con plenos derechos, es un adulto y esa condición la da la independencia que deriva del “poder dinero”. Ese imaginario ligado al poder que otorga el dinero, su posesión, su disponibilidad, pesa enormemente en la cultura de los sectores populares. En los sectores populares rige la ecuación de la inmediatez, del no futuro, del vivir el presente pleno, y que muchas veces suele ser lo más razonable, ya que el ahorro tiene sentido cuando es económicamente posible, y en estos sectores de bajos ingresos, ahorrar tan poco para un futuro lejano es una pérdida, un acto irracional. Por eso entre los sectores pobre o de bajos ingresos se consume dispendiosamente todo lo que se tiene, porque no hacerlo no garantiza la superación de la situación de privatización.

El trabajo no aparece como un fin sino como un medio a través del cual se hace posible sostener la posición, el modo de consumo y de identificación de lo masculino. En los últimos tiempos el valor del trabajo como medio legítimo para realizarse como adulto ha perdido su lugar de preeminencia, por la evidente merma que sufre, por su precarización y por el bajo nivel de realización que hace posible. Esta deslegitimación material, además, es acompañada por cierta desvalorización simbólica: para las generaciones más jóvenes el trabajo ha comenzado a perder el peso de legitimidad que tuvo. Es casi paralelo a la pérdida de la mística escolar para los sectores medios. Un contexto en el que el trabajo no dignifica, donde la cultura de lo fácil destruye la importancia asignada a la noción de sacrificio, a la obtención de los bienes por medios legítimos, hace que se abran horizontes hacia nuevas prácticas, de oposición a lo heredado.

Los jóvenes de los sectores populares de hoy esperan más los fines que el medio, y se puede pensar que se trata de un ajuste subjetivo ante un mundo que objetivamente ha cambiado. En este contexto son otras las estrategias de reproducción, muchas veces colindantes con la marginalidad y la ilegalidad, otras las prácticas, tales como caretear, robar, hacer changuitas, pero siempre con la misma valorización del dinero como recurso, como jugada de suerte, como mediador capaz de procurar beneficios mágicamente. Ese dinero que permite ser aceptado entre los mayores, que da carta de ciudadanía en el mundo adulto, que permite el tradicional “pagarse los vicios”, que rompe la situación muy mal vista de tener que pedir, que hace que las mujeres se fijen en aquel que lo posee, implica un mundo de significaciones en el que la escuela está distante o directamente no está. En este contexto, la escuela está distante o directamente no está. En este contexto, la escuela de alguna o de otra manera “afemina” a los varones, los desvaloriza, tornándolos dependientes de sus padres, poniendo a los muchachos en rutinas que se visualizan como propias de otra clase de personas, o en términos sociológicos, de otras clases. El fracaso escolar y el malestar que se expresa más urgentemente entre varones que entre mujeres, es en buena medida derivado de esta infravaloración de la escuela respecto a otros ámbitos de la vida social.

La escuela impide obtener ese poder que otorga el dinero y que puede traducirse en diversión, placer, valoración de los pares, sexualización del que lo posea. Tradicionalmente la escuela y las prácticas a ella asociadas han funcionado para los sectores populares como un medio ambiguo, valorado por la posibilidad del ascenso social, pero por el mismo, negativo, en la medida en que separa a aquel que ascienda de su medio social original, hecho que, en muchos casos puede asociarse con la traición. Como sucede en las familias de sectores populares en las cuales uno de sus miembros se aventaja en el sistema educativo, el resto lo sostienen y lo alienta, lo apoya y lo mantiene, pero cuando recibe los frutos del esfuerzo familiar, que por necesidad no es exclusivamente parental sino de la familia completa, se debe por reciprocidad a aquellos que lo ayudaron. Así funcionaba tradicionalmente la economía de la promoción escolar en los sectores pobres.

El tema importante es que hoy en día esta posibilidad está cada vez más distante. Cada vez es mayor la inversión temporal que hay que hacer para que un hijo, que en estos sectores es un recurso, una fuente de ingresos, se convierta en un estudiante de tiempo completo: un hijo que no trabaje, y durante ese lapso, se va volviendo poco a poco algo casi remoto. La escuela tradicionalmente poco valorada salvo en relación con el trabajo, cae junto con la caída del trabajo. Imaginariamente pierde posición de rentabilidad, mucho más aún si se la vincula con el otro estímulo ambiente que es la cultura de lo fácil. Así la voluntad de insistir, de permanecer en el cual sistema, se vuelve más lábil, más tenue, más vulnerable. No es casual que en esta situación aumente el fracaso escolar.

Permaneciendo en sectores populares, el caso de las mujeres implica una posición diferente. Por más trabajadora que sea afuera de la casa, su peso específico y su poder en la familia y en los vecindarios dependerá de la realización como madre, y mientras más hijos tenga, mejor. La carta ganadora de la mujer pasa por el hijo: sin horizontes de realización profesional o laboral, y mucho menos ahora que falta trabajo, sin expectativas de ascenso social a través del estudio, lo cual supone una costosa inversión de largo plazo, no son muchas las vías de mejora que le quedan disponibles. Una de ellas es la de ser madre. Una mujer de sectores populares nunca abandona por su entorno familiar previo; entra en la trama de cooperación de las mujeres, cría hermanos al mismo tiempo que hijos, es ayudada por su madre, sus abuelas y hasta sus hermanos. Es decir que se trata de una apuesta a través de la cual se entre en el sistema de las mujeres y se abandona el mero lugar de hija (irresponsable, menor, no asentada, chiquilina). La forma de sentar cabeza es teniendo hijos. Hay una presión social importante a la hora de conformar el sentido de lo real y la elaboración de la experiencia de vida que, en el caso de estas mujeres de sectores populares, las impulsa a tener hijos. Es esta economía simbólica la que produce embarazos en edades casi púberes y en mujeres que sabiendo perfectamente todo tipo de precisión en materia de anticonceptivos se equivocan, fallan, lo hacen porque él se los pide o simplemente se olvidan, en los momentos decisivos.

El caso de los sectores altos puede servir por la negativa para confirmar las tendencias mayoritarias vigentes en el espacio social. Estos sectores viven la escuela media y la superior con mucha menor presión que los sectores medios. En estos sectores los capitales disponibles, económicos o sociales, las propiedades con que se cuenta y las relaciones familiares acumuladas, están en condiciones de reproducirse y mejorar con el concurso del estudio. El estudio no sólo es un ámbito de instrucción, sino de conformación de estrategias familiares, de vinculación, de relacionamiento y de intercambio.

Las clases altas privilegian un tipo de formación altamente exigente que apunta al liderazgo, a la apropiación y la gestión de los bienes disponibles en el sistema, que en este caso sí forma parte de las ecuaciones realistas y genera las conductas esperadas. En estos sectores todavía funciona la hipótesis de mejora como profecía que se autorrealiza: por eso la promesa de la escuela es aceptada, porque sus resultados son tangibles.

Los colegios de elite, en su gran mayoría, son privados y suelen ser muy caros. Este hecho genera un peso simbólico con fuertes consecuencias sobre la escolarización de los jóvenes, pues marca la importancia del acto educativo visto como inversión, hecho que valoriza las instituciones como ámbitos dignos de respeto. Lo material, se traduce en símbolo para los jóvenes de un sector que ve en esto, no sólo gestos de distinción social, sino de un valor trascendente.

La escolarización de los miembros de distintas clases sociales responde a motivaciones ambientales que pesan de distinta manera según el sector de que se trate, haciendo de la educabilidad una variable discreta: lo que en algunos sectores es un

obstáculo, en otros no aparece, los intereses y las expectativas funcionan de modo diferente, generando encuentros productivos o abismos de distancia de los jóvenes con respecto a la institución.

Reflexiones finales

La adolescencia como la juventud suponen búsquedas. En ellas se escenifican conflictos, se expresa cierta vulnerabilidad, derivados de una identidad en proceso de constitución. Las formas socialmente instituidas de triunfar y ocupar un lugar entre los adultos, formas legitimadas de consagrarse exitosamente en el pasaje hoy parecen estar crisis. Ya no hay dos o tres modelos de adulto con los que identificarse para resolver beneficiosamente la momentánea crisis de identificación que tradicionalmente supuso la adolescencia. El futuro está borroso para la gran mayoría de los adolescente actuales, y en ese contexto, los medios disponibles para construirlo se ven más borrosos aún. Antes la crisis era momentánea y prometía resolución. Hoy no está claro el final del camino, lo cual genera confusión.

Queda atrás un mundo de transgresiones fuertes, políticas, culturales, en relación con el propio cuerpo. Esto se encuentra bloqueado y obnubilado; nuevas amenazas como la exclusión y el SIDA, el desempleo y la falta de futuro, colocan a los jóvenes en un contexto defensivo, violento y desvalorizado.

La oposición de generaciones sigue existiendo, lo que han cambiado son sus móviles. Si al trabajo y la escuela se opone el mundo de la calle y cierto cultivo real o imaginario de la ilegalidad, con sus héroes autodestructivos o desesperados, glorificados por el rock, esto habla de esa batalla desplazada de lugar.

Aceptando que la identidad juvenil se construye por oposición al mundo adulto, que la transgresión es un factor de peso para la constitución de los jóvenes en futuros adultos, hay que admitir que la situación actual es difícil. Podríamos preguntarnos qué lugar tienen los jóvenes de hoy, qué espacios tienen para transgredir y desafiar el mundo adulto construido por la generación anterior de jóvenes que hoy son sus padres. En principio ya no pasa por el sexo, tampoco por la política, ni por el desafío de las ideas. Aparentemente los cuestionamientos, si se les puede llamar así, son más estéticos que políticos, más del orden del símbolo que de la realidad efectiva. Tal vez la gran transgresión de los jóvenes de hoy consista en darle vuelta la cara a la política de aquellos que todo el tiempo les reclama su falta de politización. Tal vez, otra gran transgresión sea darle la espalda al trabajo y la escuela, dada su ostensible cualidad de sacrificio sin resultados.

Con la aceleración de la caducidad de las formas simbólicas de la vida social, ese constante reemplazo en el que se evidencia la velocidad creciente de la sociedad contemporánea, el mundo que vine llega cada vez más rápido, y así también evanece ante nuestros ojos. Para que el profesor tutor pueda ejercer su función con eficacia tendrá que tener un pie bien afirmado en esta no siempre transparente cultura juvenil, cada vez más compleja, cambiante y sutil, en la que podrá articular estrategias de colaboración y recuperación con el ámbito escolar. Un profesor tutor que estuviera atento a las transformaciones del mundo cultural de los jóvenes, de sus ideas, de sus expectativas, de sus preferencias, de sus limitaciones y temores, de los imaginarios en los que construyen su experiencia histórica, tendrá más elementos para cumplir exitosamente con su misión.

